749

EL TEATRO.

COLECCION
DE OBRAS DRAMÁTICAS Y LIRICAS.

Á PÚBLICO AGRAVIO, PÚBLICA VENGANZA.

DRAMA EN TRES ACTOS Y EN VERSO.

MADRID.
Imprenta de José Rodriguez, calle del Factor, núm. 9.
1856.

10

PUNTOS DE VENTA.

Madrid: ***libreria de Cuesta, calle Mayor, núm. 2.***

PROVINCIAS.

Albacete.	Perez.
Alcoy.	V. de Martí é hijos
Algeciras.	Almenara.
Alicante.	Ibarra.
Almeria.	Alvarez.
Aranjuez.	Sainz.
Avila.	Rico.
Badajoz.	Ordoña.
Barcelona.	Viuda de Mayol.
Bilbao.	Astuy.
Burgos.	Hervias.
Cáceres.	Valiente.
Cádiz.	V. de Moraleda.
Castrourdiales.	García de la Puente.
Córdoba.	Lozano.
Cuenca.	Mariana.
Castellon.	Gutierrez.
Ciudad-Real.	Arellano.
Coruña.	Garcia Alvarez.
Cartagena.	Muñoz Garcia.
Chiclana.	Sanchez.
Ecija.	Garcia.
Figueras.	Conte Lacoste.
Gerona.	Dorca.
Gijon.	Ezcurdia.
Granada.	Zamora.
Guadalajara.	Oñana.
Habana.	Charlainy Fernz.
Haro.	Quintana.
Huelva.	Osorno.
Huesca.	Guillen.
Jaen.	Idalgo.
Jerez.	Bueno.
Leon.	Viuda de Miñon.
Lérida.	Rixact.
Lugo.	Pujol y Masia.
Lorca.	Gomez.
Logroño.	Verdejo.
Loja.	Cano.
Málaga.	Cañavate.
Mataró.	Abadal.
Murcia.	Mateos.
Motril.	Ballesteros.
Manzanares.	Acebedo.
Mondoñedo.	Delgado.
Orense.	Robles.
Oviedo.	Palacio.
Osuna.	Montero.
Palencia.	Gutierrez é hijos.
Palma.	Gelabert.
Pamplona.	Barrena.
Palma del Rio.	Gamero.
Pontevedra.	Cubeiro.
Puerto de Santa Maria.	Valderrama.
Puerto-Rico.	Marquez.
Reus.	Prins.
Ronda.	Gutierrez.
Sanlucar.	Esper.
S. Fernando.	Meneses.
Sta. Cruz de Tenerife.	Ramirez.
Santander.	Laparte.
Santiago.	Escribano.
Soria.	Rioja.
Segovia.	Alonso.
S. Sebastian.	Garralda.
Sevilla.	Alvarez y Comp.
Salamanca.	Huebra.
Segorbe.	Clavel.
Tarragona.	Aymat.
Toro.	Tejedor.
Toledo.	Hernandez.
Teruel.	Castillo.
Tuy.	Martz. de la Cruz.
Talavera.	Castro.
Valencia.	M. Garin.
Valladolid.	Hernaiz.
Vitoria.	Galindo.
Villanueva y Geltrú.	Pers y Ricart.
Ubeda.	Treviño.
Zamora.	Calamita.
Zaragoza.	»

Á PÚBLICO AGRAVIO,

PUBLICA VENGANZA.

DRAMA EN TRES ACTOS Y EN VERSO,

ORIGINAL DE

D. MIGUEL PASTORFIDO.

Representado con gran aplauso en el teatro de Variedades en la noche del 24 de Diciembre de 1855.

MADRID.
Imprenta de José Rodriguez, calle del Factor, núm. 9.
1856.

La propiedad de este drama pertenece á los Señores Gullon y Regoyos, Directores de la Galeria lírico-dramática El Teatro, *y nadie podrá sin su permiso reimprimirle ni representarle en los teatros de España y sus posesiones, ni en Francia y las suyas.*

A Don Coyetano Pastorfido,

EN MUESTRA DE ACENDRADO CARIÑO,

Su hijo

El Autor.

PERSONAJES.	ACTORES.
DOÑA ELVIRA (su esposa de don Fernando)...	D.ª Antonia Scapa.
BERENGUELA (su hija.)	D.ª Asuncion Scapa.
BRIANDA (dueña).....	D.ª Juana Rodrigo.
DON FERNANDO.....	D. Francisco Corona.
RAMIRO.....	D. Luis Martinez.
CONDE DE LARA.....	D. Antonio Chavarria.
MILLAN.....	D. Ceferino Hernandez.
GARCES.....	D. Antonio Lopez.
ORDONO.....	D. Juan Rodrigo.
FORTUN.....	D. José Diez.
POSADERO.....	D. Antonio Furtó.

Soldados, Pueblo.

La accion pasa en Leon, y en el siglo XI.

ACTO PRIMERO.

Interior de una venta, cerca de Leon. Puertas laterales: en el centro al fondo cuatro escalones, que conducen á una galeria transitable de izquierda á derecha.

ESCENA PRIMERA.

FORTUN *y* POSADERO.

POSAD. Fortun, cuéntame el secreto
de esas damas: que en verdad
pican mi curiosidad,
y estoy por saberle inquieto.
FORTUN. ¿Lo ignoras? Pues no es aqui
donde se hospedan?
POSAD. Si á fé.
Eso es todo lo que sé.
FORTUN. Cuando llegaron las ví.
Vienen dos: una quinceña...
linda, que no hay mas que ver;
y con ella otra mujer
que tiene trazas de dueña.
Nobles las declara el traje;
mas su tristeza dá susto:
sin duda contra su gusto
han emprendido el viaje.

672986

Y luego... tal reclusion...
y venir entre soldados
hasta los dientes armados!

PSSAD. Deberá ser precaucion.
Espuestas á ser robadas
dos damas solas se ven.

FORTUN. Me han parecido mas bien
prisioneras que guardadas.
Si tal, y no me equivoco;
pues supe por un soldado,
de esos con quien he entablado
conversacion hace poco,
que á casarse va la joven;
y precauciones prudentes
se toman, porque las gentes
de otro galan no la roben.
Está la ciudad vecina;
mas temen que ocultos lazos
la separen de los brazos
del hombre á quien se destina:
que aunque de un convento viene,
en donde ha sido criada
desde niña, enamorada
está de un galan que tiene.
Y el que de amante blasona,
y es de corazon valiente,
que le roben no consiente
dicha que tanto ambiciona.

POSAD. Poco valen los cerrojos
contra el amor, si este encuentra
espacio, por donde entra
como la luz por los ojos.

FORTUN. El amante se asegura
que es osado y pertinaz;
y mucho será que en paz
tenga fin esta aventura.
No le queda otra ocasion,
como quiera apoderarse
de ella; pues vá á casarse
al alcázar de Leon;
y desde aquí á la ciudad
hay solo media jornada;

Una vez alli guardada,
tendrá mas dificultad
para robarla el mancebo.
Mas si en ello al cabo insiste
y á sus contrarios embiste,
casi á asegurar me atrevo
que ha de ser en esta venta
donde se fragüe la danza.

POSAD. ¡Demonio!

FORTUN. Tengo esperanza
de presenciar la tormenta:
yo he de ver en lo que para.

POSAD. Haya prudencia: no sea
que ellos armen la pelea,
y que á mí me cueste cara.

ESCENA II.

DICHOS, *y* D. FERNANDO, *disfrazado de peregrino.*

FERN. Que Dios sea en esta casa.

FORTUN. ¡Hola! ¡Un peregrino! venga
en buen hora.

POSAD. (Con tal huéspe d
poco gana nuestra hacienda.)

FERN. Haceis favor, buenas gentes,
de decirme si esta venta
es la de la Cruz dorada?

POSAD. La misma. Ved á la puerta
la cruz: ya perdió el dorado,
á causa de la inclemencia
del tiempo; mas todavia
la cruz se conserva entera.
¿Teneis algo que mandar?

FERN. Poca cosa. Allá en las tierras
de donde yo vengo, dicen
que aqui corren malas nuevas...
¿Es cierto?

POSAD. Buen peregrino,
¿qué sé yo? Esas son materias
que no entendemos nosotros,
ni queremos entenderlas.

Dále tú conversacion (*A Fortun.*)
á ese hombre, que yo mientras
voy á hacer por que los otros
se marchen sin que haya gresca.

FORTUN. Cuida que no beban mucho.

POSAD. ¿Quién les impide que beban?
Tienen miedo solamente
de que los tome la Iglesia
por moros, si beben agua;
y de cristianos se precian.
(*Váse por la izquierda.*)

ESCENA III.

FORTUN *y* D. FERNANDO. (*Pausa.*)

FERN. Fortun...

FORTUN. ¿Mi nombre sabeis?

FERN. No es estraño que lo sepa:
que todos un nombre tienen.

FORTUN. Como esta es la vez primera
que os veo...

FERN. ¿Estás bien seguro?

FORTUN. Permitid...
(*Examinándole atentamente y luego con asombro.*)
Tengo una idea...
pero no: no puede ser.

FERN. ¿Quién sabe?

FORTUN. ¿Sois?..

FERN. Ten la lengua.

FORTUN. Pero...

FERN. Me importa que aqui
mi nombre un secreto sea.

FORTUN. Descuidad: tras tantos años
¿quién conoceros pudiera?

FERN. ¿Puedo confiar en tí?

FORTUN. Mi vida, señor, es vuestra.
Vos la salvásteis un dia,
y os pertenece por deuda
de agradecimiento.

FERN. Bien:
por ahora me interesa

saber si hay en esta casa
algunas gentes de guerra.

FORTUN. Varios soldados vinieron
hace una hora.

FERN. ¿Y se hospedan
aqui dos damas tambien?

FORTUN. Una joven y otra vieja.
Segun la escolta que traen
deben ser nobles.

FERN. Quisiera
hablarlas. De esas mujeres
la una es Berenguela.

FORTUN. ¡Cómo! Vuestra...

FERN. (*Interrumpiéndole.*) Don Ramiro,
su amante, viene siguiéndola;
y de parte del galan
me temo alguna imprudencia.
Si yo, á favor de mi traje,
consigo un momento verla,
acaso evite... Fortun,
es preciso estar alerta.

FORTUN. Señor, disponed de mí.

FERN. Sal al camino; y si llega
don Ramiro, de su lado
no te separes. Observa
sus intenciones, y avísame
de lo que ocurra: una seña
me bastará. Yo entre tanto
voy á hablar con Berenguela.

FORTUN. Mala ocasion escogisteis:
se levantan de la mesa
los soldados, y aqui vienen.
Mas vale tener paciencia,
y aguardar á que se marchen.

FERN. Lo haré asi: tú sal, y espera. (*Váse Fortun.*)

ESCENA IV.

D. FERNANDO, ORDOÑO, GARCÉS *y Soldados.*

GARCÉS. ¿Con que ignorais esa historia?
¿De dónde, Ordoño, venis?

No hay otra en todo el pais
de que mas se haga memoria.
La córte sufre contenta
amores tan singulares;
y el pueblo hasta en sus cantares
los publica y los comenta.

ORDOÑO. Notad que de dar mandobles
á los moros vengo ahora,
y que en la guerra se ignora
lo que hacen aqui los nobles.

GARCÉS. Pues yo os puedo dar noticia
de lo que fué y de qué modo:
que informado estoy de todo,
y anda lista la malicia.
Ya sabeis que á la sazon
en que murió Alonso sesto,
halló el rey moro pretesto
para invadir á Leon.
Y al son de trompas de guerra,
cual desbordado torrente
envió tropas y gente
que asolaron nuestra tierra.
Reunido el cristiano bando,
á defenderla salieron
los nobles; y, entre otros, fueron
Alvar Nuñez y Fernando
de Astorga. Este persiguió
al moro en bizarra lid;
y allá cerca de Madrid
honrosa muerte encontró.

ORDOÑO. Mas despues de la pelea,
nadie pudo conocer
su cadáver.

GARCÉS. Perecer
le vió Gomez el de Olea.
lo que se sabe por junto,
es que despues no hay noticia
de su vida; y con justicia
se le tiene por difunto.
Si era su muerte mentira,
pronto á la córte volviera;
y el honor no padeciera

de su esposa doña Elvira.
Viuda esta, en un convento
á su hija hizo poner,
que debia entonces ser
una niña; y al momento,
con liviana ligereza,
cedió del Conde al amor,
en agravio de su honor,
gala haciendo de impureza.
Para lograr su deseo
dicen que el Conde la dió
yerbas.... no sé.... lo que es yo
todo del Conde lo creo.

ORDOÑO. ¿Qué conde es ese?

GARCÉS. Don Pedro
de Lara, el privado aleve,
que solo al cariño, debe,
de doña Urraca, su medro.
Fué un tiempo competidor
de Candespina, que al cabo
supo morir como bravo
en el campo del honor.
Pero cuando comenzaba
la lid, el cobarde Conde
salió huyendo á Burgos, donde
la reina entonces estaba.
Y aprovechando el momento,
hizo de su amor alarde:
de modo que el ser cobarde
es su gran merecimiento.
Pero volvamos á Elvira,
loca por él, tal que ahora
esos amores ignora
y por don Pedro delira.
A su vez este la engaña,
lo mismo que finge amor á
la reina, y el honor
de ambas mujeres empaña.
La viuda, porque él lo anhela
y nada le niega ya,
á don Juan de Urea da
la mano de Berenguela.

ORDOÑO. ¿Ese Urea no es bastardo?
GARCÉS. Es hijo del mismo Conde:
y en todo le corresponde,
en lo vil y en lo gallardo.
De modo que le detesta
Berenguela, que á otro ama;
pero en vano gime y clama
contra esa union funesta.
Yo bien sé que no le halaga
ir á Leon; mas ¿qué hacer?
¿Cumplimos con el deber
de servir á quien nos paga?
ORDOÑO. ¿Y cuándo será la boda?
GARCÉS. Pronto se ha de decidir:
que á la fiesta han de asistir
la reina y la córte toda.
ORDOÑO. Bien hizo en haberse muerto
don Fernando; que á encontrarse....
FERN. Aun vive para vengarse, (*Presentándose.*)
si su deshonor es cierto.
TODOS. ¡Ah!
GARCÉS. ¿Sabe el buen peregrino
dónde se halla?
FERN. De pasada (*Reprimiéndose.*)
cautivo le vi en Granada,
lamentando su destino.
Juraba allá en su destierro,
si era cierto tanto dolo,
vengarse; y para esto solo
diz que escapó de su encierro.
Si de odio y rencor profundo
no le miente su esperanza,
ha de tomar tal venganza,
que haga estremecer al mundo.
ORDOÑO. Que es noble y tiene razon
nadie dudarlo podria.
GARCÉS. Pero en vano volveria
á la córte de Leon.
El Conde está en la privanza;
obra como le conviene;
y don Fernando, ¿á quién tiene
que le ayude en su venganza?

Tras tanto tiempo en agenos
paises, si un asesino
le derriba en su camino,
nadie lo echará de menos.

FERN. Cuando por su honra luche,
cuando su nombre proclame
y á sus servidores llame...

GARCÉS. No habrá nadie que le escuche.
El Conde, si no valiente,
es poderoso y cruel.
¿Quién lucharia con él?
¿Quién osara hacerle frente?
Fuera empeño temerario:
lo digo á fé de Garcés:
el que su contrario es,
es de la reina contrario.
Y aunque desea la plebe
su muerte, y suele decir
que es baldon tanto sufrir,
ninguno contra él se atreve.

FERN. ¿No acudiriais vosotros
donde la voz del honor
os llamára?

GARCÉS. No, señor:
ni por unos ni por otros.
Vieramos indiferentes
quién daba la muerte á quién,
como los curiosos ven
pelear dos combatientes:
y, enalteciendo su gloria,
corrieramos en tropel
á palmotear á aquel
que alcanzase la victoria.

FERN. Dais de viles testimonio
en eso.

GARCÉS. Es nuestro derecho;
que pues del honor han hecho
los nobles su patrimonio,
y de ese honor no tenemos
parte ninguna en sustancia,
vamos donde mas ganancia
y menos peligro vemos.

Pero se va haciendo tarde,
y hay que ponerse en camino...
Dios os guarde, peregrino.

ORDOÑO. Peregrino, Dios os guarde.

GARCÉS. Y si á don Fernando veis,
decidle que se detenga
donde se encuentre, y no venga:
que en esto un favor le hareis.

FERN. Es noble y tiene valor.

GARCÉS. Mas todo será perdido.

FERN. El que en su honor está herido
muere, ó restaura su honor.
Los buenos, á el mal agenos,
no harán que en su empeño ceje.

GARCÉS. Dios á los malos protege,
cuando son mas que los buenos.

ESCENA V.

D. FERNANDO.

¡Solo! muerto para el mundo,
al alzarme de mi tumba,
es necesario que nadie
mis intenciones descubra.
¿Quién soy yo? Todos lo ignoran:
mis dominios y fortuna
á otro señor pertenecen
Envuelve niebla confusa
mi existencia, y ni yo mismo
podré deshacerla nunca.
Pues bien, que el propio misterio
que me cerca, me dé ayuda.

ESCENA VI.

DICHO *y* BRIANDA, *por el foro.*

BRIANDA. (¡Un peregrino!)

FERN. (¡La dueña!)

BRIANDE. Hermano, Dios os conduzca
con bien, y si algun socorro

para seguir vuestra ruta
quereis...

FERN. Gracias.

BRIANDA. No hay que darlas:
que favorecer nos gusta
á los siervos del Señor;
y aunque indigna criatura...

FERN. Gracias: no pido limosna,
buena mujer: una súplica
tengo que haceros; y espero
que me presteis vuestra ayuda
para hablar á Berenguela.

BRIANDA. ¡Ay, Virgen de las Angustias!
¿Qué decis? ¡Es imposible!

FERN. ¿Cómo que imposible?

BRIANDA. ¡Nunca!

FERN. Ved que tengo que decirle
cosas de importancia suma...

BRIANDA. Os digo que es imposible.

FERN. Solo dos palabras...

BRIANDA. Ni una.
¿Qué se diria, si un hombre
penetrara en su clausura,
sabiéndolo yo?

FERN. ¿Mi traje
y mi edad os dejan duda
de que es buena mi intencion?

BRIANDA. Quién sabe lo que se oculta
bajo ese sayal: á veces
hace el diablo de las suyas;
y mi deber...

FERN. Os advierto
que mi paciencia no es mucha.

BRIANDA. ¿Me amenazais?

FERN. No lo sé.

BRIANDA. ¡Ay, válgame santa Ursula!
¡y santa Tecla!

FERN. ¡Silencio!

BRIANDA. ¡Y san Simon y san Judas!

FERN. No griteis, ó vais á hacer
que cometa una locura.
Decid dónde está la jóven...

BRIANDA. Abriros la puerta, nunca.
A lo mas, os dejaré
que hableis por la cerradura.
FERN. Si no hay otro medio, sea.
BRIANDA. Pero...
FERN. Vamos en su busca.
BRIANDA. Con tal de que nadie sepa...
FERN. Descuidad. (¡Maldita bruja!)
¡Nadie lo sabrá!
BRIANDA. (*Llevándole al foro.*) Venid
conmigo. ¿Veis la segunda
puerta de esa galeria?
Pues allí está la reclusa.
Habladla; pero sed breve.
FERN. Bien.
BRIANDA. No alceis la voz.
FERN. Bien.
BRIANDA. ¡Mucha
prudencia! Yo cuidaré
de que nadie os interrumpa.
FERN. Eso es lo mejor.
BRIANDA. No sea
que todo esto se descubra,
y ambos salgamos de aqui
para nuestra sepultura. (*Váse por el foro.*)

ESCENA VII.

RAMIRO *y* FORTUN *por la derecha.*

FORTUN. Pero notad, don Ramiro,
que aventurais vuestra vida.
RAMIRO. La cuento como perdida;
y asi á recobrarla aspiro.
Nada hay que mi intento tuerza.
FORTUN. Pensad...
RAMIRO. Todo lo he pensado.
Ó me ayudas de buen grado,
ó habrás de hacerlo por fuerza.
Arrojado de tal suerte
hoy me conduce el destino,
que tan solo en mi camino

podrá atajarme la muerte.
Amor mi esperanza alienta:
tú nada arriesgas por junto;
pues si hay riesgo en el asunto,
corre todo de mi cuenta.

FORTUN. Mas temo...

RAMIRO. No hay que temer.
¿Qué te pido yo en sustancia?
Que me señales su estancia
y me dejes á mí hacer.
Yo en tanto, pese á mi estrella,
haré la puerta pedazos,
y sacándola en mis brazos,
huiré dichoso con ella.

FORTUN. ¡Lo decis tan satisfecho!..

RAMIRO. Ya verás: en dos instantes...

FORTUN. ¡Qué locura! los amantes
todo se lo encuentran hecho.
Pero advertid que se encierra
alli una dueña: os verá;
y al veros, mas ruido hará,
que cien clarines de guerra.
Acudirán al momento
gentes; y de esa manera
caereis en la ratonera
sin conseguir vuestro intento.

RAMIRO. Pues bien, estaré esperando
á que salgan: la veré;
y si es fuerza, moriré
contra todos peleando.

FORTUN. Eso es desesperacion.

RAMIRO. Que lo sea.

FORTUN. No creyera
que asi cegaros pudiera
una mezquina pasion.

RAMIDO. ¿Mezquina?

FORTUÑ. Afecto vulgar,
indigno de vuestro nombre.

RAMIRO. Solo es mezquino, el hombre
que nunca ha sabido amar.
Que siempre del bien en pos,
el amor puro y perfecto

es, de todos, el afecto
que mas nos acerca á Dios.

ESCENA VIII.

DICHOS: BRIANDA *y* D. FERNANDO.

BRIANDA. Vaya el peregrino en paz.
FERN. Dios guarde á la honrada dueña.
(*Váse la dueña.*)

ESCENA IX.

D. FERNANDO, RAMIRO *y* FORTUN.

FERN. (Veré si el galan se empeña
en ese proyecto audaz.)
¿Ramiro?
RAMIRO. ¡Ramiro! ¿Quién
mi nombre pronuncia?
FERN. Yo.
¿No me reconoces?
RAMIRO. No.
FERN. Tampoco lo estraño.
RAMIRO. Y bien,
¿quién sois vos?
FERN. Un peregrino,
como lo demuestra el traje,
que al cabo de su viaje
hoy te encuentra en su camino.
RAMIRO. ¿Mas vuestro nombre?
FERN. Mi nombre...
de callarlo hice promesa,
mientras cumplo un voto.
RAMIRO. Cesa
mi empeño.
FERN. Pero soy hombre
que pronto cumplirlo espera.
Fortun, si algun accidente
ocurre, avisa.
FORTUN. Esa gente...
FERN. Obsérvala desde fuera. (*Váse Fortun.*)

ESCENA X.

D. Fernando *y* Ramiro.

Ramiro. (Franqueza gasta, y no corta.)
Fern. Voy advirtiendo, Ramiro,
que sin quererlo te inspiro
desconfianza; no importa.
Ramiro. Hablad, pues, ya.
Fern. No te asombre
si de cierto modo entablo
esta plática, y te hablo
de la virtud en el nombre.
Que aun cuando la juventud
á mis canas no debiera
respeto, se la infundiera
el nombre de la virtud.
Aqui has venido, impulsado
del amor que te desvela,
á robar á Berenguela.
Ramiro. Sabeis...
Fern. Que lo has meditado;
mas yo lo vengo á estorbar.
Ramiro. ¿Vos?
Fern. Yo, sí.
Ramiro. ¿Con qué derecho?
Yo la amo, y en mi despecho
por todo he de atropellar.
Fern. ¿Y su honor tienes en nada?
Ramiro. ¡Su honor! Yo se lo resguardo.
La casan con un bastardo,
y ese enlace la degrada.
Mi esposa ante Dios es ya:
en el próximo convento
un sacerdote al momento
nuestra union bendecirá.
Fern. ¡Y el mejor medio es robarla!
Mala traza has escogido,
si para ser su marido
empiezas por infamarla.
¿Quieres asi, pobre loco,

que ella olvide sus deberes?
¿Que falte á su nombre quieres,
teniendo el honor en poco?

RAMIRO. ¿De castellana hidalguia
mas prueba pensais que dé,
cuando jure á otro su fé
la que ha jurado ser mia?
Union que amor no bendice,
llámese como se llame,
es yugo que agobia infame,
por mas que no escandalice.
Y el que á Berenguela instiga
á que contraiga ese enlace,
es quien injuria le hace
y á envilecerse la obliga.
Esto creo y esto siento:
de mi deber obligado
y mi amor he intentado
estorbar su casamiento;
que aunque la vida me fuera,
con tal respeto la adoro,
que siempre en mas su decoro
que mi propio amor tuviera.

FERN. ¿La amas?

RAMIRO. Con amor tan puro
la adoro, y tan ciega fé,
que ni olvidarla podré
ni amar á otra: lo juro.
En ella está mi destino:
no vivo sino por ella:
ella es la luz, es la estrella
que me alumbra en mi camino.
Su alegria es mi alegria;
sus dolores mis dolores,
que han fundido los amores
en una su alma y la mia.
Y adherida de tal suerte
mi vida á su vida está,
que solo juntas podrá
darles término la muerte.
No espereis que me decida
á abandonarla, señor,

porque quitarme su amor
fuera quitarme la vida.

FERN. ¿La vida?

RAMIRO. Creedlo asi.
Mas si de otro modo hiciera
su dicha; si ella pudiera
ser venturosa sin mí,
yo esta pasion temeraria
esconderia en el centro
de mi pecho, como dentro
de una copa funeraria.
Y no importa que muriera
de esfuerzo tan doloroso;
pues moriria dichoso
con saber que ella lo era.

FERN. En otro tiempo yo habria
cumplido vuestro deseo,
que amor en tus ojos leo;
y Berenguela seria
feliz contigo. Mas ella
parte á la ciudad.

RAMIRO. De aqui
no han de arrancarla, si á mí
no me abandona mi estrella.

FERN. Es lucha muy desigual.

RAMIRO. Si yo pierdo esta ocasion,
iré tras ella á Leon
y mataré á mi rival.

FERN. Y aunque asi fuera, el encono
de la reina...

RAMIRO. No le temo.
La reina llegó al estremo
de la imprudencia, y el trono
se hunde á sus piés. Toda España
de escándalos tan prolijos
cansada, llama á sus hijos
para salir á campaña.
Asturias alzó el pendon,
y á don Alonso rey nombra.
Castilla, bajo su sombra,
se alzó tambien; y Leon
queda solo por rendir;

mas pronto el rey llegará,
y la córte le tendrá
por fuerza que recibir.

FERN. ¿Estás seguro?

RAMIRO. Lo sé.

FERN. ¿Luego eres rebelde?

RAMIRO. ¿Yo?
La reina á su fé faltó:
yo le retiro mi fé.

FERN. Mas la calumnian quizás.

RAMIRO. No; ciertos son sus deslices.

FERN. Sin prueba alguna lo dices.

RAMIRO. Pruebas tengo por demas.

FERN. ¿Pruebas?

RAMIRO. Mirad ese escrito. (*Dándoselo.*)
Ved si la reina está ciega,
y ved hasta dónde llega
la infamia del favorito.

FERN. ¡Ah! (*Leyéndolo.*)

RAMIRO. Sonroja su lectura:
sufrir mas fuera mancilla.
La reina que asi se humilla,
no puede hacer la ventura
de un pueblo. Con torpe anhelo
ella á ese Conde abandona
el brillo de una corona,
que él arrastra por el suelo.
El favorito la vende,
publicando su desdoro,
y aun, ayudado del moro,
alzarse por rey pretende.
El pueblo en su indignacion
clama y se agita, no en vano,
porque otro soberano
tenga el reino de Leon.
Mas aunque aborrece al Conde,
nunca á tanto se atreviera,
siempre que la reina hiciera
lo que hacer le corresponde.
Que el pueblo al rey no se atreve
cuando se cumple la ley,
y del vasallo hace el rey

lo que el vasallo ser debe.
Mas ella en su ceguedad
no tiene quien le recuerde
este deber; y asi pierde
su cetro y su dignidad.
¡Oh! caerá; y, creedlo vos,
si hay quien la arroja del trono,
no es el popular encono,
es la justicia de Dios.

ESCENA XI.

DICHOS *y* FORTUN.

FORTUN. Ya viene la comitiva.
RAMIRO. Pues luzca mi espada aqui.
Que la separen de mí
no he de sufrir mientras viva.
FERN. Si mis consejos en poco
tienes, y á un lance das pié
que la deshonre, yo haré
que te desprecien por loco.
RAMIRO. Nadie mi amor avasalla;
muestras de mi genio altivo
verán...
FERN. Yo te lo prohibo:
yo, que soy su padre.
RAMIRO. ¡Ah!
FERN. Calla.
¿Confias en mí?
RAMIRO. Señor,
mandad: que yo desde ahora...
FERN. Acaso llegue la hora
de coronar vuestro amor.

ESCENA XII.

DICHOS: *las dos damas acompañadas de* GARCÉS, ORDOÑO *y Soldados, que atraviesan el foro lentamente, y salen por la derecha.*

ORDOÑO. ¿Veis, Garcés?
ARC S. ¿Qué ocurre?

ORDOÑO. Cuenta
con la dama, no os la roben.
GARCÉS. No hay miedo. ¿Veis aquel jóven?
(*Señalando á Ramiro.*)
ORDOÑO. ¿Quién es?
GARCÉS. Su amante.
ORDOÑO. Si intenta
arrebatarla, no pienso
que salga muy bien librado.
(*Deteniéndose á mirarlo; Garcés le indica que siga adelante: él se coloca detrás.*)
GARCÉS. Seguid; yo iré de este lado.
(*La comitiva desaparece: Fortun la sigue á cierta distancia.*)

ESCENA XIII.

FERNANDO *y* RAMIRO.

RAMIRO. El sacrificio es inmenso;
mas por no causar enojos
al que debo respetar,
ya veis, la dejo marchar...
con lágrimas en los ojos.
FERN. Al verla, tambien á mí
se me parte el corazon;
mas tengo resignacion.
RAMIRO. Señor...
FERN. Vámonos de aqui.
RAMIRO. ¿Dónde?
FERN. A Leon sin tardanza.
RAMIRO. ¿Alli os vais á descubrir?
FERN. Mi nombre no he de decir
hasta lograr mi venganza.
RAMIRO. ¿Pues cuál es vuestra intencion?
FERN. Cuando camina encubierta,
es la venganza mas cierta.
RAMIRO. Y vos...
FERN. Vamos á Leon.

FIN DEL ACTO PRIMERO.

ACTO SEGUNDO.

El teatro representa una sala en el alcázar de Leon; en primer término á la derecha una ventana, mas allá la puerta que conduce á la torre, otra luego de entrada general. En el fondo la de una capilla que á su tiempo se abre. A la izquierda en primer término, puerta secreta, y despues la de las habitaciones de la Condesa.

ESCENA PRIMERA.

ELVIRA, MILLAN.

ELVIRA. ¿Millan?
MILLAN. ¿Qué mandais, señora?
ELVIRA. ¿Aun no ha venido esa gente?
MILLAN. Aun no.
ELVIRA. Me tiene impaciente.
¿Llegará la ansiada hora
de abrazar á Berenguela?
Esa tardanza me estraña.
MILLAN. Ved que Garcés la acompaña.
Que el Conde tambien anhela
su venida. Los soldados
que fueron de vuestra parte
á buscarla, están, por arte
ó por prudencia, ligados

á don Pedro, y cumplirán
como deben: con que asi
pronto la vereis aqui.

ELVIRA. Óigate el cielo, Millan.
En tanto sube á la torre
del alcázar: mira y ven
á avisarme luego.

MILLAN. Bien.

ELVIRA. Que no te detengas: corre. (*Váse Millan.*)

ESCENA II.

ELVIRA.

Trato en vano de calmar
mi impaciencia: apenas creo
que se cumpla mi deseo.
(*Mirando por la ventana.*)
Ya la tarde vá á espirar.
De tierna melancolía
bañada el alma se siente,
al mirar en occidente
morir el astro del dia.
Hunde en lejano confin
el sol su disco dorado
entre celajes, velado,
de púrpura y de carmin.
Cubre de opacos colores
su estenso manto la noche,
y su perfumado broche
cierran las brillantes flores.
Y unidas alzan en tanto,
en son de triste lamento,
las áuras su último acento,
las aves su último canto.
Y en esa dulce armonia,
en ese reposo blando,
que se advierte, contemplando
la postrera luz del dia,
la naturaleza entera,
con melancólica tinta,
aquellas horas me pinta

de mi alegre primavera,
llenas de apacible calma,
libres de inquietud y afan,
que ya nunca volverán
á renacer en mi alma.

ESCENA III.

ELVIRA *y el* CONDE.

CONDE. Dios te guarde, Elvira mia.
¿Qué miras con tanto anhelo?
ELVIRA. Miraba el campo y el cielo,
cuando va á morir el dia.
Miraba el arroyo puro
que entre el verde césped corre
al pié de esta antigua torre,
y en perlas orla su muro:
que finge, arrullando en calma,
palabras de amor sentido,
que apenas oye el oido,
mas que estremecen á el alma.
Aspiraba las suaves
áuras, de aroma bañadas:
las quejas enamoradas
oia de tiernas aves;
y me extasiaba, pensando
que áuras, aguas, aves, flores,
me hablaban de sus amores,
porque todo vive amando.
CONDE. A esa sublime armonia
que embarga tu pensamiento,
se unen con igual acento
la voz de tu alma y la mia.
ELVIRA. ¡Oh! si: en la tarde espirante
de mi edad, tambien yo amo:
tambien para mí reclamo
tu amor ardiente y constante.
Que muy pronto ha de llegar
la noche, sin una estrella
que alumbre mi amor, y en ella
pueda el tuyo conservar.

CONDE. Siempre mi amor...
ELVIRA. El amor
es fresco capullo tierno,
á quien las nieves de invierno
matan, como á toda flor.
En la hermosa primavera
de la edad, amor se anida
en nuestro ser; y es la vida
dulce ilusion pasajera,
que aspirando en ánsia loca
deseos que al alma van,
liba con ávido afan
del placer la hirviente copa.
Al viento de los amores
se abre el pecho enamorado,
como el cáliz sonrosado
de las purpurinas flores
se abre al cefirillo blando
que entre sus hojas murmura,
y su rica esencia apura
el fresco talle besando.
Mas luego que roto mira
su cáliz, la flor del valle
inclina el erguido talle
y languidece y suspira.
Y faltándole el aliento,
que vida y calor le diera
en la verde primavera,
rompe sus hojas el viento.
Del mismo modo el amor
roba un dia nuestra calma,
brindando placer al alma,
como el céfiro á la flor.
Pero en espacio tan breve,
que apenas su blando aroma
se aspira, cuando ya asoma
entre círculos de nieve
la vejez: y en esta edad
el roto capullo tierno
perece, que es el invierno
del amor la ancianidad.
De aquella soñada gloria,

de aquella amante porfia,
viene á conservarse un dia
nada mas que la memoria.
Mas yo no tengo en mi abono
de un amor puro la ofrenda,
que alguna vez me defienda
de inmerecido abandono.
¿Ni cómo un solo momento
pudiera vivir en paz,
cuando me acosa tenaz
la voz del remordimiento?

CONDE. Por Dios que me maravilla
cómo un pálido fantasma
tu mente de horrores pasma,
y tu corazon humilla.
Cesen tus duelos prolijos;
calma tu tristeza ya,
y nuestro amor vivirá
del amor de nuestros hijos.
Por eso mi pecho anhela
y muestro tal interés
en que á Juan de Urea des
la mano de Berenguela.
La reclamo para él.

ELVIRA. Suya será: lo prometo.

CONDE. Bizarro, apuesto y discreto
y gallardo es el doncel.
Su fortuna envidiarán;
y al darle tan noble esposa,
tanto como ella dichosa
será feliz el galan.

ELVIRA. ¡Felices! Tambien alienta
en mi pecho esa esperanza.

CONDE. Para tan grata alianza
primero es que ella consienta.

ELVIRA. Consentirá. Si hasta el dia
no supo lo que es amor,
¿qué otra esperanza mejor
podrá cumplir que la mia?

CONDE. ¿Quién sabe? Aunque en un convento
desde niña la has tenido,
tal vez no siempre ha vivido

en santo retraimiento.
Quizás alguno, en la calma
de aquel solitario asilo,
llegó á turbar el tranquilo
dulce sueño de su alma.
Y á su incógnito calor,
cual del sol al primer rayo
brotan las flores en mayo,
brotó en su pecho el amor.
Yo sé de cierto Ramiro,
que ha pasado muchos dias
lanzando á sus celosias
suspiro tras de suspiro.

ELVIRA. A esa edad el corazon
suele tomar por cariño
lo que es ilusion de niño
y nada mas que ilusion.
Mas si en el primer momento
por don Juan no se decide,
yo haré que mi hija olvide
al rondador del convento.

CONDE. La empresa fio de tí.

ESCENA IV.

DICHOS: MILLAN.

MILLAN. Señora...

ELVIRA. ¿Ha venido ya
Berenguela?

MILLAN. Fuera está.

CONDE. Pues hazla venir aqui. (*Váse Millan.*)
Con ella á solas te dejo: (*A Elvira.*)
asi verás fácilmente
si ella se muestra obediente
y dócil á tu consejo.
Mas si ostenta repugnancia,
saberlo al momento quiero.

ELVIRA. Lo sabrás.

CONDE. En tanto, espero
en esa vecina estancia.

ESCENA V.

ELVIRA, *luego* BERENGUELA.

ELVIRA. ¡Voy á verla! El alma toda
de gozo inundar se siente...
BEREN. ¡Madre mia!
ELVIRA. ¡Hija adorada!
¡Oh! Déjame que te estreche
contra el corazon... Asi:
otra vez... cien y cien veces.
Por fin te vuelvo á mirar
junto á mí. ¡Qué hermosa eres!
Es tu tez de fresca rosa,
y de purísima nieve:
torrentes de luz derraman
tus negros ojos ardientes,
templados por el pudor
virginal: tu altiva frente
el brillo de una corona
casi demandar parece.
¡Qué hermosa! Serás mi orgullo
y del que una con su suerte
la tuya. Ven á mi lado:
tras tantos años ausente,
de mí no tendrás memoria.
BEREN. Si otra voluntad mas fuerte
que la mia, en tantos años
no dió lugar á que os viese,
dentro de mi corazon
guardé vuestra imágen siempre.
ELVIRA. Yo he lamentado esa triste
separacion, aunque pienses
que de fria indiferencia
ó ingrato olvido naciese.
Mas yo, en el mar de la córte
luchando, temiendo siempre
ser entre sus negras olas
del ráudo huracan juguete,
yo conociendo el peligro,
mal podia defenderte:

que tambien necesitaba
amparo. ¿Mísera y débil
viuda, qué pude hacer
por la huérfana inocente,
si no es que llevarla al templo
de Dios, y que fuera este
escudo de su inocencia?

BEREN. Nunca dudé, que prudente
y buena, determinaseis
lo mejor: queja rebelde
jamás salió de mis labios.

ELVIRA. Pero ya, hija mia, puedes
dejar el santo retiro.
Cesa tu horfandad, y en breve
serás de un amante esposo
protegida.

BEREN. (¡Ah!)

ELVIRA. ¿Te sorprende
la nueva?

BEREN. Mas...

ELVIRA. Yo en tu dicha
pensando, miré quién fuese
entre los nobles el mas
gallardo y el mas valiente.

BEREN. Y vos...

ELVIRA. Escogí al de Urea:
el que á los demas escede
en fortuna y gentileza.

BEREN. ¡Un bastardo!

ELVIRA. Le protege
la reina, y fuerza será
que su voluntad respetes.
La reina aprueba ese enlace.

BEREN. Pero la reina no puede
hacer que ame el corazon
á quien le es indiferente.
Si solo mi voluntad
por marido le escogiese,
ni vos lo aprobárais nunca,
ni de mis nobles parientes
proteccion mereceria
un bastardo.

ELVIRA. Que lo debe
todo á sus hechos, y no
á preclaros ascendientes.
Él hizo olvidar su orígen,
y mil damas le apetecen
por esposo.

BEREN. Yo no envidio
fortuna que tantas quieren.

ELVIRA. ¿Con que al de Urea rehusas?
¿Te niegas á obedecerme?

BEREN. Conozco bien el amor
y el respeto que se debe
á una madre, y sentiria
enojaros. Si os ofende
mi repugnancia...

ELVIRA. Yo haré
que desaparezca en breve.

BEREN. ¿Por qué al escoger, señora,
un marido que me hiciese
feliz, habeis olvidado
al que mas títulos tiene
para merecer mi mano?
No hay en su ilustre progenie
mancha ninguna.

ELVIRA. ¡Ramiro!

BEREN. ¿Y bien, señora?

ELLIRA. No pienses
en él.

BEREN. Fué un tiempo elegido
por mi padre.

ELVIRA. Hoy es rebelde
á su legítima reina,
y no es el que te conviene.
Mas yo haré que le aseguren,
si es que á penetrar se atreve
en Leon.

BEREN. ¡Piedad, señora,
para él!

ELVIRA. No la merece.

BEREN. ¡Piedad!

ELVIRA. Yo haré que le olvides...
(*Marchándose.*)

BEREN. Nunca.
ELVIRA. Y al de Urea aceptes. (*Váse.*)

ESCENA VI.

BERENGUELA.

¡Triste destino el mio!
¿Cómo arrancar del pecho
el indomable amor, que al fin se ha hecho
señor de mi albedrio?
¿Ni cómo el firme empeño
resistir de una madre, que desea
enlazarme ante Dios con el de Urea
y que le acepte el corazon por dueño?
Huérfana, abandonada,
¿qué puedo hacer contra la suerte? Nada.
En la venta me dijo
un peregrino anciano que aun vivia
mi padre, y que muy pronto le veria,
trocando mi dolor en regocijo.
¿Será cierto? Aquel hombre,
que descubrir no quiso su semblante
ni decirme su nombre,
á infundirme valor será bastante?

ESCENA VII.

BERENGUELA *y* RAMIRO.

RAMIRO. ¡Berenguela!
BEREN. ¡Ramiro!
¿No es ilusion? ¿Es cierto que te miro
á mi lado otra vez?
RAMIRO. Vengo á salvarte.
BEREN. A salvarme... Es verdad, de ese himeneo
que repugnaba tanto mi deseo.
Mas no, Ramiro, parte.
RAMIRO. ¿Qué dudas? Ante Dios eres mi esposa.
Ven: nuestra union bendecirá un anciano
ministro del Señor, que nos espera.
Él unirá tu mano con mi mano:

serás de hoy mas mi dulce compañera,
y antes que alumbre el sol del nuevo dia
el nombre llevarás de esposa mia.

BEREN. Huir de esa manera...
imposible, Ramiro: el mundo entero
tan imprudente accion condenaria,
y yo mi nombre deshonrar no quiero.

RAMIRO. Mas huyendo...

BEREN. ¡Imposible! Yo seria
cual ninguna dichosa
en vivir á tu lado,
y el dulce nombre recibir de esposa.
Pero nunca contigo partiria
el que yo misma hubiera deshonrado.

RAMIRO. ¿Y qué me importa el mundo?
Lejos de las horrendas tempestades
de su revuelto piélago profundo,
hallaremos floridas soledades
en el puerto tranquilo,
dó la felicidad tiene su asilo.
Ven, amor mio; deja que respeten
al mundo los que de él su dicha esperan
y por eso á sus leyes se someten,
que con servil humillacion veneran;
pero demos nosotros al olvido
esos preceptos del orgullo vano.
Nuestras almas ha unido
el cielo; y no hay aqui poder humano
que resista su intento soberano.
Vuelve para mí á ser la luz querida
del astro del amor; aquel lucero
que de la primavera de mi vida
brilló radiante en el albor primero.
Devuélveme tu amor y tu ternura;
vuelva la lumbre pura
de tu suave angélica mirada
á consolar al alma enamorada:
respire yo el aroma de tu aliento:
escuche un solo acento,
como en los tiempos, cuya ausencia lloro,
que diga: yo te adoro;
y en aquel punto moriré contento.

Ven, amor mio, ven: la córte impura
sofocará tu alma: huyamos presto,
buscando un suelo de mayor ventura,
en donde ser felices.

BEREN. La ternura,
Ramiro, es don funesto.
Aquellos que en el alma
la trajeron al mundo, nunca al cielo
remontaron el vuelo,
sin llevar de los mártires la palma.
Yo del amor que un dia
formára mi esperanza y mi alegria,
guardaré la memoria eternamente;
mas nunca humillaré la altiva frente
al deshonor, á la vergüenza.

RAMIRO. Sea.
Ya que desdeñas el huir conmigo,
antes que verte unida
á mi odioso rival y mi enemigo,
yo buscaré al de Urea,
y en furia mi esperanza convertida,
do quiera que le vea
le arrancaré la vida.

BEREN. ¿Ignoras por ventura
que tu nombre tal vez será proscrito?
¿Ignoras que en la córte se asegura
que eres rebelde?...

RAMIRO. El torpe favorito
conoce bien el odio que me inspira.
Su hijo el bastardo aspira
á enlazarse contigo, y vive el cielo
que no ha de haber ni tregua ni reposo
para el que asi codicia el bien que anhelo,
para el que asi pretende ser tu esposo.
Mas todo un pueblo en mi favor conspira,
y del yugo tirano que le ofende,
del que á su reina y á su patria vende
sabrá tomar venganza: yo lo fio.

BEREN. Con que es decir que la civil contienda...

RAMIRO. De mi enojo y rencor segura prenda,
bate sus alas ya, y enciende el brio
de todo noble corazon. El mio

con impaciencia late
porque llegue la hora del combate.

BEREN. Acaso tu existencia amenazada
se halle en este momento.

RAMIRO. ¿Y qué me importa? Nada.
Logre vengarme, y moriré contento.

BEREN. Pues bien, Ramiro, olvida
esa lucha fatal...

RAMIRO. ¿Qué me decida
á abandonarte?

BEREN. Escucha mi deseo
y renunciar prometo á ese himeneo.

RAMIRO. Y en lazo estrecho unida
huirás conmigo?

BEREN. Si. (*Apareciendo Elvira.*)

ESCENA VIII.

DICHOS, ELVIRA.

ELVIRA. ¡Huir!.. ¡Qué veo!
¿Sois vos el que se atreve
á penetrar aqui? Yo haré que en breve
sufra de su traicion digno castigo,
quien de su reina muéstrase enemigo.

BEREN. ¡Piedad!

ELVIRA. Pronto á mi voz...
(*Yendo al hácia el foro.*)

ESCENA IX.

DICHOS, D. FERNANDO, MILLAN.

FERN. Atras, señora.

ELVIRA. Esa voz...

FERN. Es la voz aterradora
de la conciencia. Atras: atras. Por esa
cercana galeria
que el descuidado alcázar atraviesa,
condúcela, Millan: ya sabes donde.
Tu lealtad me responde...

RAMIRO. Mas vos...

FERN. En mí confia,
y aléjate tambien.
BEREN. Yo...
FERN. Berenguela,
tu madre al fin consiente
en ese grato enlace, que impaciente
tu corazon anhela.
BEREN. ¿Será cierto?
ELVIRA. ¡Hija mia!
BEREN. Mas separarme asi, de esta manera...
FERN. Abrazadla, señora, (*Ap. á Elvira.*)
que por la vez postrera
viéndola estais ahora.
ELVIRA. Ven á mis brazos, ven.
BEREN. (*Ábrazándose.*) Madre, ese llanto...
ELVIRA. ¡Hija del corazon!
FERN. Llegó el momento
de partir.
BEREN. Madre... adios...
ELVIRA. Hija, adios...
BEREN. (*Marchándose.*) (Siento
estremecido el corazon de espanto.)
(*Vánse todos menos D. Fernando y Elvira.*)

ESCENA X.

D. FERNANDO, ELVIRA.

FERN. Ya la habeis visto partir,
y estamos solos los dos.
Ahora que os ayude Dios...
ELVIRA. ¡Ah!
FERN. Porque vais á morir.
ELVIRA. ¡Morir!
FERN. No os queda esperanza
sino en el cielo, señora:
llegó la suprema hora,
la hora de la venganza.
Habeis mi nombre manchado;
la prenda de mas valia,
que en vuestra lealtad habia
el amor depositado.

Pero está de Dios escrito
que quien da al vicio tributo,
recoja á su vez el fruto
de la infamia y el delito.

ELVIRA. No disculpo mi pasion,
ni vuestra clemencia imploro:
he faltado á mi decoro
y no merezco perdon.

FERN. Si vuestra pena os inspira
sincero arrepentimiento,
que Dios en este momento
os perdone.

CONDE. (*Dentro.*) ¡Elvira! ¡Elvira!!

ELVIRA. ¡El Conde!

FERN. Si... En este instante
el cielo á mi voz responde:
á tiempo ha venido el Conde;
á tiempo llega el amante.
En esa capilla entrad.

ELVIRA. De vuestro gozo cruel
debo esperar...

FERN. Para él
ni un átomo de piedad. (*Entra Elvira.*)

ESCENA XI.

D. FERNANDO: *luego el* CONDE.

FERN. Segura está en la capilla,
y es de buen temple mi acero.

CONDE. ¿Elvira?
(*Abriendo D. Fernando la puerta izquierda.*)

FERN. Entrad, caballero.

CONDE. ¿Un hombre aquí?

FERN. ¿Os maravilla?
Yo tengo á dicha el hallaros
en medio de mi camino. (*Cerrando.*)

CONDE. ¿Quién sois, pues?

FERN. Un peregrino.

CONDE. Y habeis venido...

FERN. A mataros.

CONDE. ¡Traicion!

FERN. No asi levanteis
la voz, porque será en vano.
¡Traicion decis! ¿A la mano
vuestro acero no teneis?
¿No estamos aqui los dos
solos? ¿No sois mi enemigo?
CONDE. Pero vos...
FERN. Reñid conmigo,
y ayude á quien quiera Dios.
CONDE. ¿Mas con quién?
FERN. Váislo á saber.
Pero antes en la memoria
repasad bien una historia,
que ya debeis conocer.
CONDE. ¿Una historia?
FERN. Hubo en Leon,
cuando el sarraceno bando
lo invadió, un don Fernando
de Astorga, que en ocasion
de emprender tan noble lid,
siguió, atento á su decoro,
peleando contra el moro
hasta cerca de Madrid.
Debió sentirlo en verdad,
porque, al partir á la guerra,
dejaba en aquella tierra
toda su felicidad.
El amor le sonreia:
familia el cielo le dió:
todo lo sacrificó
con generosa hidalguia.
Quiso la enemiga suerte
que, al ser el buen caballero
mal herido y prisionero,
nuevas dieran de su muerte.
Tenia una esposa bella
y de estirpe muy preclara.
El conde Pedro de Lara
ardió en amores por ella.
Para lograr su deseo,
diz que un filtro engañador
la hizo beber, en su honor

echando el borron mas feo.
Y no siéndole bastante
victoria de tanta prez,
quiso engañar á la vez
á la reina, y ser su amante.
Lo consiguió: el favorito
logró que en la régia dama
prendiera de amor la llama,
y hoy prepara otro delito.
Atropellando la ley,
y por artes que no ignoro,
con el auxilio del moro
quiere que le nombren rey.
En la córte de Leon
manda doña Urraca; pero
su legítimo heredero
viene á estorbar la traicion.
No ha de regir el estado
la reina, que asi abandona
su poder y su corona
á un miserable privado.
Y Dios quiere en este dia
que yo principie la obra
de la venganza. Aqui sobra
vuestra existencia ó la mia.
Hoy el destino derrumba
vuestros infames conciertos;
contra vos, hasta los muertos
se levantan de la tumba.
Y pues os tengo en mi mano,
cuentas de mi honor os pido:
soy el esposo ofendido;
vos el traidor, el villano.

CONDE. Pues tened tambien en cuenta
que aqui mi palabra es ley,
que en este alcázar soy rey.

FERN. Con vuestra sangre mi afrenta
lavaré. (*Acometiéndole.*)

CONDE. ¡Ferran!... ¡Garcés!... (*Gritando.*)
¡A mí!... Con una palabra
haré que otra vez se abra
una tumba á vuestros piés.

FERN. No, Conde: en esta partida
no habrá quien os preste ayuda:
antes que ninguno acuda
os arrancaré la vida.
Me teneis odio profundo,
como el que yo os tengo á vos...
con que uno de los dos
está demas en el mundo.
Luchemos cual caballeros,
y pronto, porque ya es mengua
que asi se agite la lengua,
mientras duermen los aceros.

CONDE. ¡Nuño!... ¡Ferran!...

FERN. ¡Defendeos!

CONDE. (Ninguno á mi voz responde.
Si en esa capilla...) (*Abriéndola.*)

ESCENA XII.

DICHOS, ELVIRA.

ELVIRA. El Conde...

CONDE. ¡Elvira!...

FERN. ¡Atrás!...

ELVIRA. (*Interponiéndose.*) ¡Deteneos!...

FERN. Aqui morireis los dos
de infamia y vergüenza llenos.

ELVIRA. Señor, respetad al menos
el santo lugar de Dios.

FERN. ¿Habeis pensado, señora,
que renuncie á mi venganza?
Con esa sola esperanza
pude vivir hasta ahora.
El cobarde á mi furor
pretende escapar en vano,
que ya le tengo en mi mano.
Mas... ¿qué escucho?
(*Se oye ruido de gente que se aproxima.*)

CONDE. Ese rumor...

ELVIRA. Viene gente.

FERN. Y el malvado
se salvará...

VOCES. (*Dentro.*) Abrid la puerta.
CONDE. ¡Favor!
FERN. En tu sangre...
(*Se dirige con la espada desnuda al Conde, que se defiende. Ábrese la puerta segunda de la derecha y entran Garcés y soldados.*)
¡Abierta!
(*Mirando la puerta.*)
CONDE. ¡Corred á mí! (Me he salvado.)

ESCENA XIII.

DICHOS, GARCÉS, SOLDADOS.

GARCÉS. Señor... (Es el peregrino
de la venta.)
(*Cercan á D. Fernando los demas y le rinden.*)
FERN. Solo quiero
morir.
GARCÉS. Sois mi prisionero.
CONDE. (A tiempo el socorro vino.)
FERN. (Y yo pierdo la esperanza
de matarle! ¡Hado cruel!)
ELVIRA. Piedad, señor, para él. (*Al Conde.*)
FERN. Toma, esa es mi venganza.
(*Le tira un pergamino á Elvira.*)
ELVIRA. ¡Un pergamino! (*Lo recoge y lee.*)
FERN. Tu vida
puedo envenenar asi.
ELVIRA. (¡Me engaña el Conde! ¡Ay de mí!
¡Otra esperanza perdida!)
CONDE. Yo quiero ver ese escrito.
ELVIRA. (¡Y tambien hace traicion
á la reina! Si: estas son
las pruebas de su delito.)
CONDE. Señora, mucho interés
el pergamino os inspira.
Yo le necesito, Elvira.
ELVIRA. Conde, le vereis despues.
(La reina sabrá...) (*Yéndose.*)
CONDE. (Tras ella

iré.) Se cambió la suerte. (*A Fernando.*)
Solo te espera la muerte.

FERN. Culpa será de mi estrella.

CONDE. Llegó tu instante fatal.

FERN. (Ella á mi venganza corre.)

CONDE. El prisionero á la torre. (*A Garcés.*)
(Yo á la cámara real.)

FIN DEL ACTO SEGUNDO.

ACTO TERCERO.

La misma decoracion del segundo.

ESCENA PRIMERA.

ORDOÑO *y* GARCÉS.

GARCÉS. ¿Decis que corren veloces?
ORDOÑO. Podeis verlo en el momento;
pues hasta creo que siento
confuso rumor de voces.
Si alguno á la torre sube,
verá en el campo á lo lejos
de sus armas los reflejos
entre polvorosa nube.
GARCÉS. Aunque gente armada vea,
mi duda no se desmiente;
¿pues quién dice que esa gente
la de don Alonso sea?
Que á serlo, en estos contornos
aprestaran los leoneses
sus lanzas y sus paveses
en vez de alegres adornos.
Y estremecieran la tierra,
mas bien que alegres cantares,
los acentos militares

de los clarines de guerra.

ORDOÑO. ¿Si al rey acoge tranquilo
todo el pueblo de Leon?

GARCÉS. La reina por su adhesion
le juzga el mejor asilo.

ORDOÑO. La reina tal vez no sabe
en su ceguedad fatal
ni de donde viene el mal,
ni donde el remedio cabe.
Que esplotan su corazon
miserables cortesanos;
y son débiles sus manos
para el cetro de Leon.
Se dá por cosa segura
que el rey viene á la ciudad,
y que sin dificultad
entrar en ella procura.
Yo he corrido entre la gente
que hablaba de este suceso,
y lo que hay de cierto en eso
averigüé fácilmente.
Estaba en la plaza yo
de cierto mancebo al lado,
cuando otro, recien llegado,
de esta manera le habló.
«¿Vendrá el rey?—¿No ha de venir?
Esclamó aquel: si por Cristo:
caminando, hay quien le ha visto,
hácia Leon.—¿Es decir
que tendrá buena acogida
don Alonso?—Asi lo espero,
tornó á decir el primero:
su gente no se descuida.
Ha derramado un tesoro
entre la inconstante plebe;
y á quien la fé no le mueve,
logrará mover el oro.
Su entrada en esta ocasion
será digna de memoria;
para él, un dia de gloria,
de gozo para Leon.»

GARCÉS. ¿Y de todo no dais cuenta

á la reina?

ORDOÑO. En buena ley,
tras de la reina, está el rey,
que hoy dominarnos intenta.
¿Ni que pudiera yo hacer
contra el nuevo soberano?
Y lo que no está en mi mano
bueno es dejarlo correr.

GARCÉS. Si todos obran asi,
á la reina vencerán.

ESCENA II.

DICHOS, MILLAN.

MILLAN. Guárdeos el cielo.

ORDOÑO. ¡Millan!
¿Qué es eso, vos por aqui?

MILLAN. ¿Y vos?

ORDOÑO. Entregado al ocio.

GARCÉS. Dicen que anda alborotada
la ciudad.

MILLAN. No he visto nada.
Pero vamos al negocio.
Tengo un asunto con vos. (*A Garcés.*)

GARCÉS. ¿Conmigo?

MILLAN. Si: sois un bravo
mozo; y es fácil que al cabo
nos entendamos los dos.

GARCÉS. Decidme lo que quereis.

ORDOÑO. Si estorbo...

MILLAN. No.

GARCÉS. Pues ya espero
que hableis.

MILLAN. ¿Os gusta el dinero?

GARCÉS. Buena salida teneis.

MILLAN. Me alegro. En vuestro poder
está prisionero un hombre...

GARCÉS. Cuyo nombre...

MILLAN. Cuyo nombre...
no os importa conocer.

GARCÉS. Ya comprendo: el peregrino

de la venta. Mala suerte
le espera: tal vez la muerte.

ORDOÑO. Compadezco su destino.

GARCÉS. Desde que ayer le prendí,
está encerrado en la torre;
y si Dios no le socorre,
pronto...

MILLAN. Me hago cargo: asi,
para ahorrarle algun quebranto,
quisiera verle un momento.

GARCÉS. Es imposible.

MILLAN. Lo siento:
entonces no aspiro á tanto.

GARCÉS. Orden tengo de impedir
que bajo ningun prestesto
le hablen.

MILLAN. ¿Y podeis darle esto?
(*Dándole un pomo.*)

GARCÉS. ¡Un pomo!

MILLAN. Si ha de morir
al cabo, antes que el puñal,
es preferible un veneno.
Asi podrá mas sereno
sufrir el golpe fatal.
Decidle que se lo envia
Millan, su fiel servidor;
y en pago de ese favor
tomad vos. (*Dándole una bolsa.*)

GARCÉS. ¡Por vida mia!... (*Tomándola.*)

MILLAN. ¿Aceptais? Es trato hecho.

GARCÉS. ¿Cómo responder que no,
cuando...

MILLAN. Bien decia yo
que erais mozo de provecho.
Cumplid el encargo.

GARCÉS. Al punto.
Mas prometedme el secreto.

MILLAN. No hay cuidado: os lo prometo.

GARCÉS. Pues fiad en mí el asunto. (*Váse.*)

ESCENA III.

ORDOÑO, MILLAN.

ORDOÑO. Algun misterio se esconde,
que yo no adivino, en eso
que haceis.
MILLAN. ¿En mandar al preso?...
Una vez que quiere el Conde
su muerte...
ORDOÑO. Yo os serviré,
si de salvarle se trata.
MILLAN. Tambien el veneno mata.
En cambio yo le daré
sepultura.
ORDOÑO. Pues me estraña...
MILLAN. He concebido una idea...
Nadie, por cruel que sea,
contra un cadáver se ensaña.
ORDOÑO. ¿No me direis con qué objeto?...
MILLAN. Téngale yo en mi poder,
y luego...
ORDOÑO. ¿Qué vais á hacer
luego?
MILLAN. Ese es mi secreto.
Mas dijisteis hace poco
que hoy en la ciudad habia
alboroto.
ORDOÑO. Si, á fé mia:
lo dije, y no me equivoco.
Vereis si se llega á armar
la tremolina... Yo tengo
horror á la paz, y hoy vengo
con ganas de pelear.
MILLAN. Tendreis mas clara la vista
que yo, porque nada noto...
¿En qué estriba el alboroto?
ORDOÑO. Como la ciudad resista
que el rey entre, fácilmente...
(*Asomándose á la ventana.*)
Mirad al pié de la torre.

MILLAN. No distingo... (*Se asoma tambien.*)
ORDOÑO. Ved cual corre
de un lado á otro la gente.
MILLAN. Curiosos sin duda son
que por la calle transitan.
ORDOÑO. Parece como que gritan.
(*Poniendo atencion.*)
MILLAN. ¡Calla! Pues teneis razon.
ORDOÑO. Os decia la verdad.
MILLAN. Algo debe suceder.
Pues señor, vamos á ver
lo que pasa en la ciudad.
ORDOÑO. Entonces que el cielo os guarde.
MILLAN. ¿No venis conmigo?
ORDOÑO. Si:
con tal de volver aqui...
MILLAN. Ya volveremos mas tarde. (*Vánse.*)

ESCENA IV.

GARCÉS, *luego* ELVIRA.

GARCÉS. Ya está el encargo cumplido,
y si abreviar le conviene
su muerte al preso, ya tiene...
ELVIRA. ¿Garcés? (*Saliendo.*)
GARCÉS. Señora...
ELVIRA. He venido
á reclamar un favor,
un gran servicio de tí...
GARCÉS. En lo que yo pueda...
ELVIRA. Aqui,
á pesar de su valor,
hiciste ayer prisionero
á un hombre, cuyo destino
le une al mio.
GARCÉS. ¿El peregrino?
ELVIRA. Salvar á ese hombre quiero.
GARCÉS. ¡Imposible! Ved, señora,
que el Conde me ha encomendado
su custodia, y un soldado
fiel...

ELVIRA. Vas á librarle ahora.
GARCÉS. Yo respondo de su vida;
y si le dejo escapar,
el Conde se ha de vengar.
ELVIRA. No se vengará; descuida.
Interés muy poderoso
me mueve...
GARCÉS. ¿Mas qué interés?...
ELVIRA. Porque el prisionero es...
GARCÉS. Hablad: ¿quién es?
ELVIRA. Es mi esposo.
GARCÉS. ¿Don Fernando?
ELVIRA. Don Fernando
(á quien mis culpas afrentan),
que no murió, como cuentan,
contra el moro peleando.
GARCÉS. Pero si yo le salvára,
dando á don Pedro ocasion
de enojo, ved que esa accion
me costaria muy cara.
ELVIRA. Oro tengo para tí,
y con riquezas y arte
podrás ser en cualquier parte
mas venturoso que aqui.
Sal de Leon sin tardanza,
y si me sirves en todo,
tambien hallarás el modo
de escapar á su venganza.
Huye, pues, sin dilacion.
GARCÉS. Marcharé, sin descansar
un momento, hasta ganar
la frontera de Aragon.
Con que disponed de mí.
ELVIRA. ¡Oh, gracias, gracias, Dios mio!
Su salvacion te confio.
GARCÉS. Partiré lejos de aqui;
mas cumpliré sin demora
lo que de mí pretendeis;
y si es un bien lo que haceis,
que Dios os premie, señora. (*Váse.*)

ESCENA V.

ELVIRA.

Perdida ya la esperanza,
no me queda otro camino:
pondré el puñal asesino
en manos de la venganza.
Ese es mi deseo. En vano
me he pretendido acercar
á la reina y deslizar
el pergamino en su mano
el Conde sin duda es
quien impide que le hable
desde ayer. El miserable
sospecha ya el interés
que á su perdicion me guia,
y frustra todo mi plan.
Aqui las pruebas están
de su infame alevosia.
De concierto con el moro,
alzarse por rey pretende;
y á su soberana ofende,
publicando su desdoro.
Ella del amor la llama
dentro de su pecho esconde,
y suspira por el Conde,
que la injuria y que la infama.
Ese hombre la vuelve loca,
y es necesario que muera.
¡Oh! Si, si: su vida entera
para mi venganza es poca.
Yo tambien con ceguedad
en sus palabras creí,
y para siempre perdí
mi honor, mi felicidad.
Mas, ¿cómo llegué á querer
al hombre, cuya ambicion
hizo de su corazon
escala para el poder?
¿Y por qué razon estraño

que otra le quiera cual yo?
Harto tiempo me engañó,
y no sospeché el engaño.
Hoy mi cólera provoca,
por que era su amor mentira.
¡Oh! para aplacar mi ira,
toda su existencia es poca.
Perdida ya la esperanza,
no me queda otro camino:
pondré el puñal asesino
en manos de la venganza.
¿Garcés? (*Viéndole entrar.*)

ESCENA VI.

ELVIRA, GARCÉS.

GARZÉS. He cumplido fiel
vuestro mandato, señora.
Vais á ver al preso.

ELVIRA. Ahora
déjame á solas con él. (*Váse Garcés.*)

ESCENA VII.

ELVIRA, D. FERNANDO.

ELVIRA. Acercaos, señor.

FERN. ¿A tanto alcanza
vuestro desprecio á mí, que habeis querido
insultar mi dolor? ¡Aprisionado
el ofendido esposo, encadenado
el brazo que alentara mi venganza
no os amedrenta ya! ¡Sin esperanza
de hoy mas á vuestro antojo sometido
me juzgais!

ELVIRA. He querido
romper vuestras cadenas,
y daros este acero
para calmar vuestras profundas penas
y vengar el honor del caballero.

FERN. ¡El honor! Decis bien: mi honor preclaro,
blason y orgullo de la estirpe mia,
mas que la luz y la existencia caro;

el limpio honor que un dia
de mi cariño en prenda os confiara,
me lo volveis al fin pedazos hecho?
¿Y ese puñal con que mi honor lavara
solo es para clavarlo en vuestro pecho?
Pues bien, si no es mentira
que habla el honor en tí; si es cierto, Elvira,
que del frio, tenaz remordimiento
se hace escuchar el grito; si otro arcano,
si otro mal vil y negro pensamiento
no se agita en tu alma, ¿á qué en mi mano
ese acero poner? ¿Acaso esperas
que renazcan al verte mis primeras
ilusiones de amor? Sueños de gloria,
que en tiempo mas feliz acariciaba
y que fijos están en mi memoria.
Nadie pudiera amar, cual yo te amaba.
El virginal perfume, el casto aliento
de la edad juvenil, y la fé ciega
del corazon de niño
que acaricia suave el pensamiento
en el primer afan que al alma llega,
busqué yo, Elvira, en tu letal cariño.
Y tú en pago... cruel... Elvira, Elvira,
rasgado está ya el velo
de la torpe mentira;
y aunque vengarme anhelo,
júzguete solo en su piedad el cielo.
Nunca, nunca á mis ojos
te vuelvas á mostrar. Si yo aceptara
la libertad de tí, si los cerrojos
de mi prision tu mano quebrantara,
quizás el deshonrado caballero
á la débil mujer perdonaria
la triste ceguedad, el frágil yerro
que su estirpe y su honor han infamado;
y en solitario encierro,
en reclusion constante
ella el negro borron expiaria.
Mas vive todavia
en mí el amante, el engañado amante,
que por su mismo amor te mataria.

ELVIRA. De mi enemiga estrella los rigores
me conducen de hoy mas á tal estremo,
que la muerte deseo y no la temo.

FERN. Por que fuiste engañada en tus amores;
y contigo pretendes que divida
mis celos, mi venganza y mis dolores.
¡Término digno de tu infame vida!
Apuradas las heces venenosas
del áureo cáliz, que el placer culpable
con efímero halago te ofreciera;
sintiendo en tus entrañas dolorosas
de una herida cruel la angustia fiera,
¿qué otro fin á tu vida miserable
pudieras encontrar? ¿qué, si no un crimen,
libertarte pudiera
de los remordimientos que te oprimen?
Esa es tu negra suerte:
tú de tí misma recibir la muerte.
Si en tan amargo trance, el pensamiento
volvieras, como el ángel desterrado
á su perdido eden: si del pasado
pudieras recordar en un momento
aquellas horas de apacible calma,
de inefable y purísima alegria
que ya no han de volver, cuando tu alma
dulce tributo á la virtud rendia:
si oyeras en el lecho del tormento
sola y abandonada,
de una hija infeliz el triste acento,
á llorar tu vergüenza condenada:
si oyeras de un esposo, cuya afrenta
en sangre ha de lavar, la voz airada
que de su honor te pide estrecha cuenta;
en el último instante de agonia
tendieras con afan la vista al mundo,
y ese momento de dolor profundo,
¡oh! ¡cuán amarga expiacion seria!

ELVIRA. Lo sé: la muerte anhelo:
con impaciente agitacion la llamo.
Ni busco una palabra de consuelo,
ni el perdon de mis crímenes reclamo.
Pero abrigo en mi pecho una esperanza.

Me amas aun: ¿no es cierto?

FERN. Cuando se espresa el odio, amor no ha muerto.

ELVIRA. Tú tomarás de mi dolor venganza.

FERN. Si es tu sola esperanza, si cumplida
la quieres ver....

ELVIRA. ¡Oh! Si.

FERN. Vida por vida,
venganza ofrezco por venganza.

ELVIRA. ¿Cómo?

FERN. En cambio del puñal guarda este pomo
que encierra para tí mortal veneno.

ELVIRA. Pronto cabida le daré en mi seno.

FERN. Yo al Conde buscaré: cuando ese hombre
sienta en su pecho la acerada punta
del agudo puñal, cuando mi nombre
escuches otra vez, tus fuerzas junta;
y si tienes valor entonces, muere.

ELVIRA. Mi destino cruel asi lo quiere.

FERN. Echada está la suerte.

ELVIRA. No he de volverme atras: muerte por muerte.
(*Cambia el puñal con el pomo y váse.*)

ESCENA VIII.

D. FERNANDO.

Dice bien: no hay otro medio:
es el único camino
que á mi venganza le queda.
¡Oh! yo buscaré al inícuo,
y pagará con la vida
mi vergüenza y mi martirio.
Mas ¿quién?...
(*Oyendo abrir la puerta secreta.*)

ESCENA IX.

D. FENRANDO, FORTUN.

FORTUN. Señor....

FERN. Es Fortun.

FORTUN. Señor, el cielo benigno

os proporciona ocasion
para escapar del peligro.
Ya os creiamos difunto.

FERN. La muerte cerca he tenido,
y cerca la tengo aun.
Tras ella mis pasos guio.

FORTUN. Huyamos de aquí. Por ese
estraviado laberinto
de galerias, podremos
llegar acaso tranquilos
hasta fuera del alcázar.

FERN. ¡Huir de aqui!

FORTUN. Don Ramiro
pretendia á viva fuerza
libertaros; yo he querido
ver antes... mas por fortun
libre estais: venid conmigo
y salgamos cuanto antes
de este endiablado recinto.
Sabed que está la ciudad
alborotada: yo he visto
á muchos que por la calle
van dando furiosos gritos.
La hueste de don Alonso
hasta Leon ha venido,
y si no me engaño, aqui
habrá la de Dios es Cristo.
Con que, salgamos, señor.

FERN. ¿En dónde está don Ramiro?

FORTUN. Don Ramiro anda buscando
por todas partes solícito
á vuestra hija.

FERN. ¿Mi hija?...

FORTUN. Desde ayer que la ha perdido
de vista. Ignora el lugar
que ella tiene por asilo...

FERN. ¿Pero y Millan?

FORTUN. No se sabe
donde está.

FERN. ¿Me habrá vendido
él tambien?

FORTUN. Y como ya

se conocen los designios
del Conde, que á todo trance
quiere al bastardo, su hijo,
darla por esposa...

FERN. ¡Ah! no.
Se engaña el Conde, que aun vivo
yo. Corramos á estorbar
ese enlace aborrecido.

FORTUN. Si, si, marchemos.

FERN. Marchemos.

FORTUN. Por esta puerta. (*Abriendo la secreta.*)

FERN. Es preciso.
salvar primero á mi hija:
que yo despues del inícuo
tomaré justa venganza,
aunque le esconda el abismo.
(*Vánse por la puerta secreta.*)

ESCENA X.

EL CONDE, *por la de la torre.*

¡Garcés!... tampoco está aqui.
Sin duda el infame ha huido
con el prisionero. En vano
de mi rival y enemigo
pretendo la muerte. El cielo
le favorece. Yo mismo
de su presencia en la torre
asegurarme he querido,
entrando por la otra puerta
que linda con el rastrillo;
pero á nadie encuentro. El hado
parece que mis designios
contraría; y mientras, cunde
en la ciudad el bullicio,
y por todas partes corre
la gente, y se lanzan gritos,
que repite como un eco
el corazon intranquilo.
Pero la reina me otorga
poderes ámplios, cumplidos

para ahogar de la traicion
el gérmen; yo los admito
y los aprovecharé:
que es nuestro interés recíproco.
Si pongo de parte mia
á los nobles; si consigo
á la vez doblar el número
de mis parciales adictos,
si estos á mi voz acuden,
y á tiempo llega el ausilio,
y el príncipe don Alonso
que entre en la ciudad impido,
y le venzo, y reconozco
cuales son mis enemigos,
yo daré de todos ellos
buena cuenta; y por Dios vivo,
que he de hacer tal escarmiento,
que lo recuerden los siglos.
¿Mas quién entra?

ESCENA XI.

CONDE, ELVIRA.

ELVIRA. (¡El Conde!)
CONDE. (¡Elvira!)
A buen tiempo habeis venido.
ELVIRA. Tambien me alegro de hallaros
en medio de mi camino.
CONDE. Decidme, al punto, señora,
donde está vuestro marido.
Vos sois su cómplice.
ELVIRA. ¿Acaso
meditais otro delito?
¿Quereis doblar vuestra infamia,
siendo ademas asesino?
CONDE. Es que ese hombre conoce
mis mas ocultos designios.
ELVIRA. También los conozco yo.
CONDE. ¿Qué decis?
ELVIRA. Que he advertido,
aunque demasiado tarde,

los villanos artificios
que para su medro emplea
el hombre á quien he querido.
¡Oh! Si yo pudiera, á costa
del mas cruel sacrificio,
arrojar de la memoria
ese nefando cariño:
si perdiendo mi existencia,
salvar pudiera el abismo
á que me arrastró el amor
infame que os he tenido:
si al verter mi sangre toda,
pudiera en un punto mismo
con otra mas vil mezclarla,
entonces del pecho mio
el corazon arrancara
que junto al vuestro ha latido,
y, partiéndolo con vos,
gozaria en mi martirio.
Porque al presente ya sé
que habeis á un tiempo vendido
á dos mujeres; y ahora
os desprecio y abomino.

CONDE. Pudiérais hacerme gracia
de lágrimas y suspiros,
y ayes y reconvenciones
y desdenes mal fingidos.
¿Todo eso qué me importa?
de vuestro enojo me rio.
¿Pensais que yo nunca os tuve
amor? Fué solo un capricho.
Me parecisteis hermosa,
y...

ELVIRA. ¡Oh vergüenza! ¡oh ludibrio!
¿No considerais que puedo
vengarme? ¿Que solo aspiro
á romper uno por uno
los ya descubiertos hilos
de vuestra negra traicion?

CONDE. ¿Traicion decis?

ELVIRA. Traicion digo.
Engañar á una mujer,

arrojar en su honor limpio
el feo borron de un crimen,
á infames artes debido:
robar la paz á su alma,
herir sus afectos íntimos,
derramando en su existencia
el fiero veneno activo
de la desesperacion,
y todo por un capricho.
Pretender luego á su reina,
y mintiéndole cariño,
intentar arrebatarle
su cetro y su poderio:
dar ocasion al escándalo;
formar pactos, depresivos
de la honradez castellana,
con el constante enemigo
de su religion; y al cabo
convertirse en asesino,
no es traicion? Pues señaladle,
si podeis, nombre distinto.

CONDE. Mas para decir que soy
culpable y traidor...

ELVIRA. He visto
las pruebas.

CONDE. ¿Decid qué pruebas?

ELVIRA. ¿No habeis mandado un escrito
al rey moro, reclamando
de sus guerreros ausilio
para que os alcen por rey
(que estos son vuestros designios),
y ofreciéndole pagar
tan señalado servicio
con otros, que son la prueba
de la traicion y el delito?
¿No pensais que pudo haber
quien sorprendiera al indigno
portador de ese mensaje?
¿No visteis que mi marido,
para vengarse, arrojó
á mis pies un pergamino
que es prenda de vuestra infamia

CONDE. Yo esa prenda necesito;
y vais á dármela.
ELVIRA. Nunca.
CONDE. Os la arrancaré ahora mismo.
ELVIRA. Habeis pensado que yo
la llevaria conmigo.
A la reina pertenece,
y á la reina la destino.
CONDE. Antes que llegue á sus manos,
me la entregareis: lo exijo.
Decid quién la tiene.
ELVIRA. Nunca.
CONDE. Ved, si no, que está en peligro
vuestra existencia.
ELVIRA. No temo
la muerte.
CONDE. Me habeis perdido,
y he de vengarme.
ELVIRA. El puñal
hundid en el pecho mio:
asi me evitais un crímen,
y vuestro será el castigo.
CONDE. Por última vez, señora,
decid dónde está el escrito
que puede comprometer
mi vida.
ELVIRA. No, no os lo digo.
CONDE. Pues vais á morir.
ELVIRA. Matadme.
CONDE. Al punto.
(Va á herirla con el puñal, á tiempo que aparece D. Fernando por la puerta secreta, acompañado de Fortun, y Ordoño y pueblo por la derecha.)

ESCENA XII.

DICHOS, D. FERNANDO, FORTUN, ORDOÑO *y gente del pueblo.*

FERN. Atrás, asesino.
ORDOÑO. ¡Victoria por don Alonso!

PUEBLO. ¡Viva el rey!
IDEM. ¡Viva!
ORDOÑO. Vencimos.
El rey ha entrado en Leon.
Mirad. (*Señalando á la plaza.*)
CONDE. (Aqui estoy perdido
si no invento alguna traza
para escapar del peligro.
¡Ah!) (*Como ocurriéndosele una idea.*)
Si sois noble, salid (*A D. Fernando.*)
al campo, yo os desafio.
FERN. A mi rencor no doy treguas.
Aqui reñireis conmigo.
CONDE. Mas...
FERN. En esa estancia. Sed
(*Señalando á la izquierda.*)
de nuestro duelo testigos. (*A los demas.*)
ELVIRA. Tened...
FERN. Apartad, señora:
cúmplase nuestro destino.
(*Entra con el Conde por la izquierda, los demas, menos Elvira, los observan.*)

ESCENA XIII.

DICHOS, *menos* D. FERNANDO *y el* CONDE.

ELVIRA. (Si es fuerza para aplacar
vuestra cólera, Dios mio,
una existencia, aceptad
de la mia el sacrificio.)
(*Entra en la capilla y cierra.*)

ESCENA XIV.

DICHOS, *menos* ELVIRA.

ORDOÑO. Con dos armas bien templadas
luchan: espada y puñal.
FORTUN. Se acercan.
ORDOÑO. A una señal
dejan ambos las espadas.

FORTUN. Se acometen.
ORDOÑO. ¡Ah! Los dos
cayeron.
FORTUN. ¡Muertos acaso!..
ORDOÑO. ¡Uno se levanta!..

ESCENA XV.

ORDOÑO, FORTUN, PUEBLO, D. FERNANDO.

FERN. Paso
á la justicia de Dios.
Oid. Hubo quien mi nombre
injurió villanamente.
Cuerpo á cuerpo, frente á frente,
yo he dado muerte á ese hombre.
Mas por si alguno dudó
que fuese justa ó traidora
mi venganza, voy ahora
á deciros quien soy yo.
Soy el conde don Fernando
de Astorga, de quien se cuenta
que murió en la lid sangrienta,
contra el moro peleando.
Por desgracia la inclemente
parca respetó mi pecho;
y en el combate fuí hecho
prisionero solamente.
Llegué á Granada cautivo;
y cuando tras largos años,
logré por medios estraños
volver, aunque viejo, vivo;
de tal suerte hallé mi tierra,
de tal manera mi hogar,
que tuve que lamentar
el no haber muerto en la guerra.
¡Mi esposa del Conde amante!
¡Mi hija aprestada, en servicio
del bastardo, al sacrificio
de un matrimonio humillante!..
¿Qué era lo que hacer debia
un noble, un padre, un marido?

Vengar mi honor ofendido:
labar la deshonra mia.
¡Yo de la venganza en pos
corrí! ¿Hay quien dude acaso
de mi honor?

TODOS. No.

FERN. Si no, paso
á la justicia de Dios.

ESCENA XVI.

DICHOS, ELVIRA, *desde la puerta de la capilla.*

EVLIRA. Su justicia está cumplida,
sobre la tierra: yo muero.
Que me perdoneis espero,
ya que os ofrezco mi vida
en expiacion severa
de un crimen. Llevo en mi seno
la muerte.

FERN. ¿Cómo?

ELVIRA. El veneno
que me disteis...

FERN. ¡Suerte fiera!...
Y pude... (Yo la queria
con todo mi corazon.
Ahora va á morir...)

ELVIRA. ¡Perdon!

FERN. (¡Y la quiero todavia!)

ELVIRA. Si os causa pesar mi duelo,
dejad que vuelva mi faz
al cielo, y que muera en paz,
mi voz elevando al cielo.
Quiero morir en la calma
de este sagrado retiro...
¡Me falta la voz!... ¡Qué miro!...
¡Es mi hija!... ¡Hija del alma!...
Ya no la veo... Un frio
siento en mi pecho... Fernando...
ven...

FERN. (*Yendo á ella.*) ¡Elvira!... ¡Está espirando!

ELVIRA. Yo... muero... ¡perdon!... (*Cae.*)

FERN. Dios mio,
en tu seno la recibe,
y perdona si quizás
llevé mi venganza á mas
de lo que el honor prescribe.

ESCENA XVII.

DICHOS, BERENGUELA, RAMIRO, MILLAN.

BEREN. ¡Padre!
FERN. ¡Hija mia!
RAMIRO. Señor,
vencimos.
BEREN. Mi dicha es cierta.
¿Y mi madre!
FERN. Alli está.
(*Señalando á la capilla.*)
BEREN. (*Acercándose.*) ¡Muerta!
ORDOÑO. Respetemos su dolor.
(*Al pueblo y á Fortun, yéndose con ellos.*)

ESCENA ULTIMA.

D. FERNANDO, BERENGUELA, RAMIRO *y* MILLAN.

FERN. ¡Ella por su negra suerte
mi limpio honor mancilló!
la perdono; ya expió
su delito con la muerte.
RAMIRO. ¿Mas de qué modo?
FERN. El veneno
que acaso poner debia
fin á la existencia mia
es el que lleva en su seno.
Asi acabó mi venganza.
MILLAN. Esplicadme... ¿Ella bebió
del pomo que os mandé yo?
FERN. Del mismo.
MILLAN. ¡Oh dulce esperanza!
FERN. ¡Con un pensamiento lucho!...
Habla... (*A Millan.*)

MILLAN. Lo que yo os mandé
no fué un veneno, fué
un narcótico.
BEREN. ¡Qué escucho!
MILLAN. Busqué vuestra salvacion,
haciéndoos pasar por muerto.
BEREN. ¿Con que ella vive?
MILLAN. Si.
RAMIRO. ¿Cierto?
BEREN. ¡Madre de mi corazon!
Por su favor infinito
Dios quiere que á nuestro lado ...
FERN. ¡Nunca!...
BEREN. La habeis perdonado.
FERN. He perdonado el delito;
pero en santo monasterio
vivirá siempre escondida,
cercando desde hoy su vida
impenetrable misterio.
BEREN. Ella rogará por vos...
FERN. En su retiro profundo,
muerta para todo el mundo,
viva solo para Dios.

FIN DEL DRAMA.

CATALOGO

de las obras Dramáticas y Líricas de la Galería

EL TEATRO.

Achaques de la vejez.
Angela.
Afectos de odio y amor.
Arcanos del alma.
Amar despues de la muerte.
Al mejor cazador...
Achaque quieren las cosas.
Amor es sueño.
Al cabo de los años mil...
Alarcon.
A caza de herencias.
A caza de cuervos.
Amante, rival y paje.
Amor, poder y pelucas.
Al llegar á Madrid.
Amar por señas.
Alumbra á tu víctima.
Amor de antesala.
A público agravio pública venganza.

Bonito viaje.
Boadicea, *drama heróico.*

Con razon y sin razon.
Cañizares y Guevara.
Cómo se rompen palabras.
Cosas suyas.
Conspirar con buena suerte.
Chismes, parientes y amigos.
Cada cual ama á su modo.
Cocinero y Capitan.
Con el diablo á cuchilladas.
Costumbres políticas.
Calamidades.
Contrastes.
Castor y Polux.

Don Sancho el Bravo.
Don Bernardo de Cabrera.
De audaces es la fortuna.
Dos sobrinos contra un tio.
D. Primo Segundo y Quinto.

El anillo del Rey.
El amor y la moda.
El chal de cachemira.
El caballero Feudal.
El cadete.
Espinas de una flor.
¡Es un angel!
El 5 de agosto.
Entre bobos anda el juego.
El escondido y la tapada.
En mangas de camisa.
¡Está loca!
El rigor de las desdichas. ó Don Hermógenes.
El pacto de sangre.
El alma del Rey Garcia.
El afan de tener novio.
Esperanza.
El Gran Duque.
El Héroe de Bailen, *Loa y Corona Poética.*
¡En crisis!!!
El Licenciado Vidriera.
Echarse en brazos de Dios.
El Suplicio de Tántalo.
El Justicia de Aragon.
El Veinticuatro de Febrero.
El Caballero del milagro.
El que no cae... resbala.
El Monarca y el Judio.
El bollo y la viuda.
El beso de Judas.
El rico y el pobre.
El Niño perdido.
El amor por la ventana.
El juicio público.
El todo por el todo.
El sitio de Sebastopol.

Faltas juveniles.
Flor de un dia.
Furor parlamentario.

Hacer cuenta sin la huéspeda.
Historia China.

Instintos de Alarcon.
Indicios vehementes.
Isabel de Médicis.

Juan sin Tierra.
Juan sin Pena.
Juana de Arco.
Judit.
Jaime el Barbudo.
Jorge el artesano.
Juana de Nápoles.

La escuela de los amigos.
Los Amantes de Teruel.
Los Amantes de Chinchon
Los Amores de la nina.
Las Apariencias.
La Banda de la Condesa.
La Baltasara.
La Creacion y el Diluvio.
La Esposa de Sancho el Bravo.
Las Flores de Don Juan.
La Gloria del arte.
Las Guerras civiles.
La Gitanilla de Madrid.
La escala del poder.
La Hiel en copa de oro.
Los empeños de un acaso.
Las tres manias, ó cada loco con su tema.
La Herencia de un poeta.
Lecciones de Amor.
Lorenzo me llamo y Carbonero Toledo.
Lo mejor de los dados...
Llueven hijos.
Los dos sargentos españoles, ó la linda vivandera.
La Madre de San Fernando.
La verdad en el Espejo.
La boda de Quevedo.
Las dos Reinas.
La Providencia.
Las Prohibiciones.
La Campana vengadora.
La libertad de Florencia.
Los dos inseparables.
La pesadilla de un casero.
La voz de las Provincias.
La Archiduquesita.
La Crisis.
Los extremos.
La hija del rey René
La bondad sin la experiencia.
La escuela de los perdidos.
La córte del Rey poeta.
La resurreccion de un hombre.
Las Barricadas de Madrid.
La Pasion de Jesus.
La alegria de la casa.
Las cuatro estaciones.

Mal de ojo.
Mi mamá.
Misterios de Palacio.
Martin Zurbano.
Mariana Labarlú.
Mi suegro y mi mujer.

Nobleza contra Nobleza.
Negro y Blanco.

Ninguno se entiende.
No hay amigo para amigo.
No es la Reina!!

Oráculos de Talia.

Para heridas las de honor, ó el desagravio del Cid.
Pescar á rio revuelto.
Por la puerta del jardin.

Rival y amigo.

San Isidro (*Patron de Madrid*)
Su imágen.
Simpatia y antipatia.
Sueños de amor y ambicion.

Tales padres, tales hijos.

Trabajar por cuenta ajena.
Traidor, inconfeso y mártir.

Un Amor á la moda.
Una conjuracion femenina.
Una conversion en tres minutos.
Un dómine como hay pocos.
Una llave y un sombrero.
Una leccion de córte.
Una mujer misteriosa.
Una mentira inocente.
Una noche en blanco.
Un paje y un Caballero.
Una falta.
Ultima noche de Camoens.
Una historia del dia.
Un pollito en calzas prietas.

Un sí y un no.
Un huesped del otro mundo.
Un ebroma de Quevedo.
Una venganza leal.
Una coincidencia alfabética
Una lágrima y un beso.
Una Virgen de Murillo.
Una aventura de Tirso.

Verdades amargas.
Vivir y morir amando.
Ver y no ver.

Zamarrilla, ó los bandidos de la Serranía de Ronda.

ZARZUELAS.

El ensayo de una ópera.
Mateo y Matea.
El sueño de una noche de verano.
Escenas en Chamberí.
A última hora.
Un sombrero de paja.
La Espada de Bernardo.
El Valle de Andorra.
El Dominó Azul.
La Cotorra.
La cola del diablo.
Amor y misterio.
El calesero y la maja.
El delirio.
Guerra á muerte.
Marina.
El Grumete.
La litera del Oidor.

Gracias á Dios que está puesta la mesa.
La Estrella de Madrid (*Su música.*)
Tres para una.
Carlos Broschi.
Galanteos en Venecia.
Un dia de reinado.
Pablito. (Segunda parte de Don Simon.)
Los dos Flamantes.
La vergonzosa en Palacio.
La Dama del Rey.
La Caceria real.
El Hijo de familia, ó el lancero voluntario.
Los jardines del Buen Retiro.
El trompeta de Archiduque.

Moreto.
Loco de amor y en la corte.
Los diamantes de la Corona.
Catalina.
La noche de ánimas.
Claveyina la Gitana.
La familia nerviosa, ó el suegro omnibus.
Las bodas de Juanita.
Mis dos mugeres.
Cuarzo, pirita y alcohol.
Pedro y Catalina, ó el Gran Maestro.
Los dos ciegos.
El Vizconde.
Los Comuneros.
Alumbra á este caballero.

La Direccion de El Teatro se halla establecida en Madrid, calle del Pez, núm. 40, cuarto segundo de la izquierda.